



REVISTA DE INSTRUCCIÓN, MORAL Y RECREO

DIRIGIDA POR

DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

Año V.

Madrid 1.º de Diciembre de 1882

Núm. 99

SUMARIO

I. La limosna del pobre. — **II.** A la hija de mi querido amigo el Director de esta Revista, Milagrito Novi y Castellote — **III.** Historia de la escritura. — **IV.** Botón de rosa. — **V.** El bautizo. — **VI.** Necrología. — **VII.** A la Concepción de la Virgen — **VIII.** Loable costumbre. — **IX.** Los dos talentos.

LA LIMOSNA DEL POBRE

L pueblo español, rico en sentimientos nobles, no los desmiente éstos jamás; lo mismo cuando se acude á su patriotismo, en una cuestión de honra nacional que de filantropía y humanidad, ya se trate de la patria, ya se trate de uno ó más individuos.

Hay un adagio antiguo, repetido hasta la saciedad, que dice, que « el que da lo que tiene, no está obligado á más; » y es de ver á los hijos del pueblo en una de esas casas albergue de la miseria, socorrerse unos á otros los vecinos, con un desinterés que raya en heroísmo, haciendo verdad el refrán antes citado.

La mujer de un vecino está mala, el marido tiene necesariamente que ir á ganar su jornal,

producto, más del sonrojo y de la altanería con que le trata el maestro, que del trabajo mismo en que se ocupa; una vecina se constituye en enfermera de la mujer, otra condimenta los alimentos; aquélla proporciona trapos, hilas, vendajes; ésta, más desahogada de posición, contribuye con una pequeña cantidad para los desembolsos que hay que hacer, y todo espontánea y voluntariamente, con una abnegación plausible y santa.

La limosna del pobre á otro más pobre que él es más meritoria á Dios, siquiera sea por estar más en armonía con sus máximas de fraternidad, predicadas por él y propagadas por sus Apóstoles.

Adelante, pues, en ese camino de amor recíproco entre todos los buenos y sanos de corazón, para que al morir, después de llevar la satisfacción del cumplimiento de nuestros deberes, nos acompañen también las bendiciones de los que quedan en este valle de lágrimas.

Ayudemos todos las obras de piedad, y particularmente el socorro de unos menesterosos á otros, porque el que ayuda á los pobres ayuda á Dios, ha dicho un gran hombre.

La limosna de los pobres no se encomia con ampulosos discursos ni retumbantes artículos, escritos muchas veces en alabanza propia por la misma mano que ha hecho una obra benéfica; que á tanto llega el orgullo de la vanidad, nunca satisfecha generalmente entre los magnates y poderosos de la tierra, si no va acompañada de la publicidad, que da á conocer su munificencia al público, y particularmente entre sus amigos, que comentan su rasgo de generosidad, mal practicada, es cierto, pero que da una importancia relativa de desinterés y de supuesta ó verdadera riqueza.

Nunca los pobres se atreverían á manifestar como lo ha hecho una sociedad benéfica de Madrid, compuesta de personas importantes por su posición, irascible tal vez porque la prensa, el eco de la opinión pública, ha censurado su conducta, dudando justamente de los beneficios que reporta á la infancia desvalida, nunca, repetimos, hubieran dicho que hacían bastante y que el que los censurase contribuyera á su sostenimiento.

Para eso no hacen falta seguramente Juntas directivas que se exhiban, ni fundación de cen-

tros que propaguen con la trompeta de la fama una misión que no cumplen.

La soberbia, sobre ser un pecado, es más pecado todavía si forma el espíritu de ciertas corporaciones que deben entrañar siempre un carácter de bondad y prudencia en armonía con el objeto de su institución y de los preceptos de Dios, en que indudablemente deben de basarse aquellos establecimientos de caridad.

Cuando en las altas horas de la noche al retiraros á vuestra casa veáis un pobre que os pide una limosna ó un niño que duerme en el quicio de un portal, en tanto que no le ve un guardia de policía urbana ó de orden público, mirad quién le socorre más solícitamente; fíjaros en que por regla general es un individuo más perteneciente á la clase pobre el que mete la mano en el bolsillo y le da una limosna y despierta al niño que duerme en el portal, y le interroga y caen por sus mejillas una lágrima de pesar, recordando tal vez á sus hijos al oír de una voz débil la relación del niño abandonado, mientras un orgulloso señor, mirándoos colérico, da con el pié al desheredado niño y exclama: *yo no sé que hace la autoridad que no recoje á estos canallas*

Dios los perdone, como los perdonan los pobres tan duras y groseras frases.

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

Madrid 1.º de Diciembre de 1882.

Á LA HIJA

DE MI QUERIDO AMIGO EL DIRECTOR DE ESTA REVISTA
MILAGRITO NOVI Y CASTELLOTE

LA CARIDAD

Cuento.

Un alba fría de invierno
Cruda y triste, de un palacio
En la elegante cancela
Espera un coche parado.
Impaciente piafa un tordo
Tronco hermoso de caballos,
Cuyo espeso y fuerte aliento
Cuaja en la atmósfera, helado.
Tiene las bridas sujetas,
En su librea bordados
De blasón ducal los timbres
Un cochero aristocrático,
Y en la portezuela, puesta
De espera en señal la mano
Solicito aguarda un negro
De aquella casa lacayo.
El sombrero de allí á poco
Quitáronse ambos criados,
Y apareció en el cancel,
Entre pieles cobijado
De un ser del cielo sin duda
El angelical retrato:
Era una niña preciosa
De ojos azules y lánguidos,
De ricos cabellos de oro
Y de frente de alabastro.
Seguíala bien de cerca
Señorita de cuidado,

Y ambas subieron al coche,
Y los tordos arrancaron.
Cruzaron calles y plazas
A un trote entre corto y largo
Y en la de Alcalá por fin
La berlina entró rodando.
Miraba la niña el vidrio
Por la intemperie empañado,
Y á ver pasar acertó
A otra niña de sus años
Muy pobremente vestida,
Que iba, al parecer, temblando;
Llevaba en la mano diestra
De muy pequeño tamaño,
Una bolsa de labor.
E hinchaba el frío sus párpados.
La niña que en el carruaje
Estaba á la otra mirando,
Dejó asomar á sus ojos
Dos perlas claras de llanto,
Y tirando del cordon
Que retenía el lacayo,
Detener hizo el carruaje
Y al suelo brincó de un salto
Asustando á su buen aya
Que la siguió vacilando.
Dió á correr por la ancha calle
De resbalar sin cuidado
Y alcanzó á la pobre niña
Y un beso estampó en sus labios,
Ateridos por el frío
Y de ateridos, morados.
—¿Dónde vas tan tempranito?
—Voy al colegio.

—Sí, claro:

Pero vas desabrugada:
Toma mi piel.

—Es el caso

Que no te conozco... y...

—¿Dudas!

No tengas ningún cuidado,
Yo tengo mucho calor;
Pero es mejor que vayamos
Juntas hasta tu colegio
En mi coche.

—No.

—¿Te espanto?

—No; pero no te conozco
—No tengas miedo. Ven, vamos.—
Y la aristócrata niña
Llevó á la humilde á su lado
Mientras el aya lloraba
Y mientras hasta el lacayo
Su negro rostro enjugó
Por tierna emoción bañado.
Se contó despues el lance
Allá en el ducal palacio
Y los padres de la pobre
De entonces, hubieron trabajo,
Y vivieron muy felices,
Bendiciones siempre dando
Al ángel de su ventura,
A quien les dió pan y amparo.
*Practica la Caridad
Serás bienaventurado.*

FÉLIX DE LEON.

HISTORIA DE LA ESCRITURA

SR. D. JOSÉ NOVI Y PEREDA:



MUY señor mio y distinguido amigo:
Hace ya algun tiempo que me favoreció sobremanera encargándome que escribiese *algo* para la ILUSTRACIÓN que tan acertadamente dirige, no contando sin

duda con mi falta de capacidad y de tiempo, pero conociendo por demás mi heredado entusiasmo por todo lo que se refiere á la niñez, á cuya enseñanza llevo dedicados tantos años de estudio; esto pues, y queriendo no sólo cumplir con el siempre galante amigo é inteligente Director de tan notable Revista, sino ocupar un momento la atención de los jóvenes lectores de su publicación, tomo la pluma, y encomendándome á la Reina de los ángeles como los antiguos guerreros cuando iban á entrar en batalla, é impetrando el favor general del público, voy á escribir ese *algo* que usted desea, y para que tenga algún valor lo dedicaré á los niños, y de ese modo, si es malo lo que digo, lo hará bueno mi intención y la benevolencia de la niñez.

Empiezo, pues, del siguiente modo:

Apreciables y queridos niños: Todos, á no dudar, conocéis la Historia; pocos ignoráis la del hispano suelo, y no me aventuro mucho diciendo que hasta os permitís el lujo, si tal puede llamarse, de conocer tambien la Historia Universal; pero lo que es posible dudéis aún, vosotros que fijáis con toda exactitud las fechas de los sucesos memorables y faustos, la de los combates sangrientos, la de las victorias señaladas, etc., etc., y supongo ignoráis todavía y hoy quisiera enseñaros aunque imperfecta y rápidamente, es la HISTORIA DE LA ESCRITURA, de esa coleccion de signos convencionales que sirvieron á nuestros antepasados tan dócilmente como nos sirven en la actualidad para decir á todo el que los mira el pensamiento ó pensamientos de quien los trazó.

En la Historia, por regla general, vemos cómo aquellos antiguos nobles, señores feudales, se despedazaban sin treguas por conquistar á veces un castillo, hoy convertido en palomar si es que está servible aún para esto, ó si no ámplio refugio de aves nocturnas, y sin embargo, ese mismo castillo con sus derruidos torreones, con sus melladas almenas y su agujereado puente levadizo, encierra uno ó cien hechos notables dignos de figurar en la Historia, y dignos de vuestro estudio, de vuestra meditación.

Y los habéis analizado y hasta habéis querido ver aquellas ruínas, y después del examen os consideráis vencedores y felices; ¿no es verdad, queridos niños?... Pues bien; si esto merece un monton de piedras, unos personajes que ya no existen, ¿qué interés no tiene, qué consideracion merece, qué importancia no se debe á la escritura?... Todos la poseemos, todos nos utilizamos de ella, todos la prescribimos nuestras órdenes, y sin embargo, ¿sabéis su historia? ¡No, creo que no!... ¿Quereis saber cómo escribieron los primeros pobladores del Globo, de qué medios se valían para consignar sus hazañas, y qué variaciones—las más importantes—ha sufrido la escritura desde su origen hasta hoy?... ¡Sí!... Aseguro que sí.

Venid, leed, medita, infantiles suscritores de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, fijáos en la escritura, en ese don precioso que adquirimos, como el más principal, en nuestros primeros estudios, y digo el más principal, porque sin él no se podrían obtener los demás gérmenes del adelanto.

La escritura, apreciables niños, es calificada por algunos como un sexto sentido, y cada día va adquiriendo, merecidísimamente, la preponderancia que reclama la cultura.

Las historias primitivas de muchos pueblos están muy desacordes en sus citas cronológicas, y por eso mismo no tiene nada de extraño que la escritura se haya planteado de muy diferente modo en varios países.

Los orientales escribían de derecha á izquierda, al contrario de como escribimos nosotros.

Los chinos y lapones trazan sus signos de arriba abajo.

Pueblos ha habido que escribían siguiendo la línea como la que traza el arado de bueyes.

Y, por último, ha habido quien ha aceptado hasta la escritura jeroglífica.

Nada hay tan digno de meditacion, de examen, como la escritura en su nacimiento.

Nuestros primeros padres usaron, para consignar sus heroicidades, el entrelace de ramas de árboles — (primer medio) — luego agruparon peñascos en los sitios que les pertenecía. Despues hicieron huellas profundas en las rocas — (origen verdadero de las inscripciones). — Posteriormente ya, trazaron rayas rectas y curvas en distintas direcciones en las cortezas de los árboles, en las conchas de las tortugas — (base de los alfabetos) — y por fin, la Naturaleza, pródiga en beneficios para el hombre; le ofreció el árbol *Pápirus*, fructificado con las brumas del Eufrates, pues á sus orillas se cría ese arbusto que con sus hojas ha dado sér al primer libro que como más antiguo se conserva muy cuidadosamente en todos los archivos del mundo.

Al *pápirus* sucedió, amables lectores, para el uso de la escritura el *pergamino*, llamado así por haberse inventado su aplicación para este objeto en Pérgamo, una de las ciudades de la antigua Troya.

Y al pergamino le ha sustituido el papel, nombre tomado, como todo nuestro idioma, del latino *pápirus*, y cuyo artículo, bien sea de hilo ó de algodón, nos sirve hoy para la escritura.

Respecto á la especial manera de escribir los diferentes pueblos primitivos, juzgo que es objeto de otro artículo, pues con lo dicho basta por hoy.

Aceptad, queridos niños, este pobre é imperfecto trabajo, débil anuncio de los artículos sucesivos que haré con ánimo sólo de que conozcáis las transformaciones que ha experimentado el arte de escribir á través de los siglos, y si mi buen deseo lo premiáis con un saludo vuestro y una sonrisa, se verán colmadas todas las aspiraciones de quien se despide de vosotros hasta el número próximo y es siempre vuestro S. S.,

LEOPOLDO DELGRAS.

Madrid 22 de Noviembre de 1882.

BOTON DE ROSA

A CONCHITA MANFREDI

Pero mi ignorancia es tal
Que eludo explicarlo al fin,
Sueño ó verdad, bien ó mal,
Ví un rosál en el jardín
Y un capullo en el rosál.

La rama con tiernos lazos
Su cabecita envolvía,
Y estaba con sus abrazos
Como un ángel que dormía
De su madre entre los brazos.

Suave brisa le besaba
De cariño en prenda fiel,
Y atravesando el vergel
El sol sus rayos templaba
Para llegar hasta él.

No sé por qué mi camino
Detuve junto al capullo,
Ni sé por qué oculto sino
Al pensar en su destino
Iba enlazándole al tuyo.

Junto al capullo ¡oh dolor!
Ví, con loco desvarío,
Dos séres ébrios de amor;
Ella murmuró: una flor.
Y él dijo: ¡toma, bien mío!

Satisfacer pretendió
El capricho de la hermosa,
Mas en la mano se hirió.
¡Y aquella herida salvó
Al pobre *botón de rosa*!

Del jardín por los verdores,
Corriendo de angustia lleno,
Descubro, entre mis terrores,
Un hombre de alma de cieno
Hollando plantas y flores.

Iba rápido á cortar
Del capullo la existencia,
Cuando le ví vacilar...
¡Y otra vez la Providencia
Volvió el capullo á salvar!

El fiero viento soplaba
Los árboles derribando,
La tempestad arreciaba,
Y yo ansioso contemplaba
Al tierno *botón* temblando.

Mas cesó, al fin, el horror
De la tormenta lejana,
Y al despuntar la mañana
¡Aún contemplé con amor
Al pobre *botón de grana*!

Y los peligros venciendo
De la vida tormentosa,
Como alegre mariposa,
Iba el capullo creciendo
Para convertirse en rosa.

Le ví crecer y crecer
En el jardín ideal,
Y próximo á fenecer,
Un ángel con él prender
Su inmaculado sayal.

¿Que por qué pensaba en tí?
¿Me lo preguntas á mí?
Pues decírtelo no sé;
¿Sabes tú, acaso, por qué
Dios ó el cielo te hizo así?

Yo ví en el jardín, tu hogar,
¡Qué hogar tan santo es el tuyo!
Y en mi eterno delirar
Soñé tu rostro admirar
En aquel rojo capullo.

Virtud, pureza y honor,
Para calmar nuestro anhelo
Serán tu esencia mejor;
¡Feliz tú, si cual la flor
Logras remontarte al cielo!

EUGENIO R. ESCALERA.

EL BAUTIZO



El grabado que va en el texto de este número, es copia de un gran cuadro, que á su autor ha valido la suma de 5.000 francos; representa, como ven nuestros lectores, ese acto, instituido por la Iglesia, de bautizar al niño, nuevo sér que viene á este mundo de desgracias y dolores, donde en un continuo ¡ay! se desarrolla nuestra efimera existencia; efimera, sí, porque cuando con la experiencia de los años hemos aprendido todo lo que ignorábamos al hacer nuestra presentación en el mundo, morimos.

Es como el amante de las bellas artes, que ansioso de admirar las obras artísticas de un Museo, apenas ha entrado en el local, escucha el eco de la campana que anuncia que ha terminado la hora de la exposición, precisamente cuando empezaba á estudiar los objetos.

Nosotros llegamos tarde también siempre, por de prisa que andemos, á estudiar el mundo después de los desengaños y de las decepciones.

La nodriza, con el recién nacido en brazos, se prepara á ir á la iglesia para que cristianen al pequeño, mientras que los hermanitos del niño que acaba de venir al mundo, alegres, con la fiesta que se prepara, se agarran á su vestido y la piden que los deje besar á su hermano, que ya saben ellos, porque se lo ha dicho su padre, que le han traído de París dentro de una caja para que cuando sea mayorcito juegue con ellos, si son buenos, porque si no, los ha dicho también que mandará que se le vuelvan á llevar á París; por eso han ofrecido enmendarse de sus travesuras y no atracarse de dulces y golosinas en el *lunch* con que su papá va á obsequiar á los amigos después del bautizo.

MANUEL LOPEZ CALVO.

NECROLOGÍA



NUESTRA ilustrada colaboradora la señorita doña María del Carmen de Prat y de Torres, hija del excelentísimo señor General del mismo apellido, ha bajado al sepulcro en Madrid el día 23 del próximo pasado mes de Noviembre.

Joven, bella, de talento y rica, amada de sus padres, de sus hermanos, de su familia toda, de los que nos honrábamos contándonos en el número de sus amigos, su vida se deslizaba tranquila, feliz; pero entre ella y el horizonte purísimo de su porvenir alegre, como la sonrisa de un ángel, apareció una nube negra como la conciencia del réprobo, que la eclipsó de nuestra vista, arrebatándola de entre nosotros para llevarla al cielo, mansión de los serafines.

Reciban sus desconsolados padres el más sincero pésame de la redacción de esta Revista.

* *

Con el modesto título de *El Niño*, hemos recibido un tomo en rústica en 8.º, de 221 páginas, hecho en la imprenta de *La Correspondencia*, y escrito por nuestro muy buen amigo el Dr. D. Manuel de Tolosa y Latour, médico del Hospital de Niños, miembro fundador de

la Sociedad Española de Higiene y distinguido periodista.

Todo el libro contiene bellezas, utilísimas á los padres, para el desarrollo moral é intelectual de sus hijos, de las que no resistimos el deseo de copiar algunos articulos que, como el siguiente, agradarán desde luego á nuestros lectores:

« Los resplandores del espíritu. Huarte de San Juan y los fisiólogos modernos — primeros observadores del niño. — La vida de relación y los sentidos. Actos de la voluntad y movimientos automáticos — conciencia y memoria hereditaria. — Sentimiento estético. — Los cuentos de Hadas. — La generalización y el juicio. — Lógica infantil. — Lo justo y lo injusto. — Malos instintos. — La fuerza de la costumbre. — Un contrasentido.

Antes que Büchner, Moleschott y los más atrevidos escritores materialistas de nuestra época, dijo en 1603 un médico español, entre otras cosas muy bien dichas:

« Que nuestra ánima racional, aunque es incorruptible, siempre anda asida de las disposiciones del cerebro, las cuales, si no son tales cuales son menester para discurrir y filosofar, dicen y hacen mil disparates ¹. »

Es, pues, rara verdad que en todo tiempo se ha reconocido la marcadísima influencia que tiene el precioso órgano contenido en la cavidad craneal para todas las manifestaciones de la inteligencia y del sentimiento.

El espíritu humano no se presenta desde el primer momento como potencia; se halla en perpetua evolución y le falta mucho al psicólogo para determinar las leyes del desarrollo de las ideas y de la generación de los sentimientos en los niños, todo lo cual se verifica gradual é insensiblemente.

Son muy pocos los pensadores que se han dedicado á examinar atentamente ese trabajo admirable, que convierte un inconsciente animalito en un hombre perfecto.

Rousseau, cuyos trabajos acerca de la educación tendremos ocasión de apreciar, revela en sus obras una profunda atención hacia tan importante punto; pero sólo á Thier Tiedeman, filósofo del siglo pasado, se deben las primeras observaciones de psicología infantil ².

Antes de él se limitaban á admirar el instinto del niño, y sólo vemos en Condillac Locke, el abate Licard y otros pedagogos, tendencias á emprender estos estudios.

Recientemente, Taine y Darwin ³ han publicado estudios muy curiosos sobre este particular; pero á un compatriota nuestro, Bernardo Pérez ⁴, hay que agradecer un trabajo concienzudo de psicología experimental acer-

ca de los tres primeros años del niño, basado en los datos que la fisiología cerebral proporciona.

Tan importantes trabajos hacen meditar al menos afecto á las cuestiones de educación, pues claro es que ésta se apoya en dichas bases; por ellas se ve que del mismo modo que el músculo no puede contraerse hasta estar suficientemente organizado, el cerebro no está en aptitud de verificar sus complicadas funciones, sino cuando los elementos nerviosos que le constituyen han recibido un grado de organización suficiente.

Ya hemos dicho que en la vida intrauterina, el nuevo sér adquiere su propia individualidad en virtud del movimiento especial impreso por las anteriores generaciones y las circunstancias que le rodean.

Al nacer, las facultades todas parece como que se van agrupando ordenadamente alrededor del niño, como los cristales en torno del núcleo, desarrollándose con arreglo á las predisposiciones hereditarias, á su propia constitución y á las variables influencias del medio ambiente.

La diferencia entre las facultades del niño y del adulto es, pues, más bien cuantitativa que cualitativa.

Los alimentos de estas facultades, que pueden llamarse constitucionales, son las sensaciones, quienes harán resaltar las diferencias existentes entre dos cosas semejantes, y serán los esbozos de la comparación; uno de los rayos de la inteligencia.

El estudio actual comprende la vida toda de relación en sus primeros momentos, de igual manera que la de nutrición ha sido ya estudiada.

El gusto, primera función indispensable al niño, se ejerce con mucha energía desde el mismo nacimiento, creyendo algunos ver el principio de la excitación en las aguas amnióticas.

Bajo muchos conceptos se hallan desarrolladas las funciones del tacto, observándose una gran susceptibilidad para las impresiones penosas, siempre menores que las del adulto.

Las diferencias de temperatura, que ya eran percibidas por el feto, son muy sensibles, como hemos visto, al niño.

La visión adquiere gradualmente mayor campo á medida que va creciendo el nuevo sér; éste, durante los primeros días, puede decirse con fundamento que no ve; pero en cuanto abre los ojos y nota con claridad los objetos, aquéllos que son más brillantes ó se agitan cerca de sus ojos, cautivan su atención y le proporcionan cierto placer.

No se ha observado predilección especial por ningún color; verdad es también que hay mucho de sensibilidad moral en los placeres dependientes de la visión.

El niño percibe también los sonidos, siéndole agradable los rítmicos y manifestando desagrado hacia otros, ya por especial conformación de su aparato auditivo, ya por predisposiciones hereditarias de su personalidad relacionadas con sus estados íntimos.

Por regla general, permanece mucho tiempo insensible á los encantos de los perfumes,

no distinguiendo un buen olor de uno malo.

De todos modos, los placeres y las penas de los sentidos son los gérmenes de los placeres y las penas del espíritu.

En los primeros tiempos ama, detesta, goza, sufre, envidia, se desespera y se irrita automáticamente, aunque con alguna intervención de la conciencia. Cobra más afecto á un animal que á una cosa, y más aún á una persona; sin embargo, sus afectos son superficiales y engendrados por la curiosidad.

No respeta los sufrimientos mientras no se los representan por signos muy sensibles, como se puede observar fácilmente en sus relaciones con los animales. Por eso también necesita ver llorar á una persona para comprender que padece.

La motilidad es una fase evolutiva del gran proceso de la sensibilidad. En los primeros momentos de la vida se notan: el estornudo, los gritos, la acción de llorar ¹, después el sollozo y las lágrimas aparecen en diferentes épocas y á veces antes del primer mes; entonces, con frecuencia en la primera quincena, se esbozan la risa y la sonrisa con su acompañamiento de alegría, juegos y caricias quizá intencionales.

Todos los movimientos del cuerpo son en un principio inciertos y muelles, coincidiendo su perfección con el desarrollo gradual de la atención y la conciencia. A los tres meses, estos actos instintivos por evolución selectiva se amplían, se verifican con mayor precisión y seguridad; pero sobre todo se expresan en su inmensa mayoría voluntariamente.

¿En qué se diferencian los actos de la voluntad de los movimientos automáticos sancionados por la conciencia? No es posible decirlo. Lo cierto es que en el niño vemos la voluntad insistente hasta la testarudez y enérgica hasta la violencia, que, como en el adulto, está subordinada á las excitaciones de la sensibilidad, en virtud de la cual desea y ejecuta lo agradable, y rechaza lo desagradable.

Admitiendo una correlación entre las sensaciones y las ideas, según cuales sean aquéllas, al establecerse y ordenarse en la inteligencia en virtud de las leyes generales, darán lugar á operaciones intelectuales muy variadas.

A la cabeza de todas se encuentra la conciencia, hija de los instintos, como se comprueba en el idiotismo, donde faltan los más rudimentarios. La atención, en cambio, es compañera inseparable de la conciencia. El niño que mama tiene una conciencia más ó menos clara de las sensaciones táctiles, sápidas, termógenas ó musculares que acompañan á este acto, el cual lo verifica tan atentamente como yo en este momento al meditar en tan curiosos hechos.

No hay más diferencia que la atención del niño es pasiva é inconsciente, y la mía consciente y voluntaria. Sin embargo, en algunos actos sociales muchas veces predomina la primera sobre la segunda. Esta atención es tanto más activa, cuanto más enérgicas sean las excitaciones de la sensibilidad.

Los autores aludidos, Pérez sobre todo, llaman *Memoria hereditaria* á los movimientos,

¹ Huarte de San Juan — « Examen de ingenios. » — El mismo autor, refiriéndose á Galeno, dice que éste escribe (Lib. Artis. Médic. cap. XII) que «siendo éste miembro (el cerebro) templado y compuesto de sustancia sutil y delicada, el ingenio será tal. »

² Véase su Memoria publicada en el *Journal Général de l'instruction publique*, por Michelad. *La science de l'enfant*, por Bernard Pérez. V. Tomaseo. — *Giornale d'una madre culla educazione*.

³ Darwin. — *Biographie de un petit enfant*. Mev. Sc.

⁴ Bernard Pérez. — *Les trois premières années de l'enfant*, París, 1878. — Librería Germer Bayllière; un tomo de 294 páginas en 8.º

¹ Darwin. — « *L'Expression des émotions.* »



EL BAUTIZO.

gritos, ejercicio primitivo de los sentidos y todas las facultades intelectuales y morales que se refieren al automatismo. Por lo mismo, á ser verdad que las impresiones misteriosas de la vida intrauterina dejan algún vestigio en el cerebro infantil, algunas de las mencionadas predisposiciones se relacionarán con la memoria hipotética que podría llamarse *fetal*. Todo hace sospechar que la memoria del hombre guarda un depósito inconsciente de adquisiciones anteriores á la evolución del lenguaje. Por mi parte, puedo decir que recuerdo con esa lúcida vaguedad propia de las reminiscencias de escenas pasadas y con muchos detalles, el interior de la casa donde nació, la hermosa figura de mi madre, algunas estampas francesas de vivos colores representando alfabetos, etc., todo lo cual ha llamado siempre la atención de mis padres; pues en aquella época no hablaba, y en cambio parecía comprender lo que me decían en los distintos idiomas paterno y materno.

La asociación de ideas se presenta al mismo tiempo que la memoria, no habiendo recuerdo sin asociación ni asociación sin recuerdo.

Ahora bien; si entendemos por abstracción una especie de análisis en virtud del cual aislamos, no siempre de un modo completo, los detalles del conjunto, los individuos de las masas y las cualidades de las cosas, el niño es capaz de abstraer. La comparación necesita de la abstracción; pero no ha menester más esfuerzo intelectual, por cuya causa el niño de uno ó dos meses no compara.

Sólo á los dos años la aptitud de comparar sigue los adelantos del lenguaje, aprovechando todos los elementos de la comparación para hacer metáforas en su mayor parte raras y poco aproximadas á la verdad.

La imaginación reproductiva funciona con intensidad, siendo las reminiscencias muy vivas, y empezándose á notar en la disposición y caracteres de los recuerdos un esbozo de imaginación productiva ó creadora. Por eso se nota á los cuatro meses la tendencia á la destrucción y construcción, como formas de la imaginación creadora.

El sentimiento estético se inicia entre el séptimo y décimo mes, por la imitación de gestos, canto de personas y animales.

Entonces le impresionan mucho y agradablemente los rostros hermosos y las cosas bonitas, las notas musicales, así como buscan los niños soldados y caballos de cartón, y las niñas muñecas y adornos. También demuestran sed insaciable por los cuentos maravillosos, tanto más verdaderos para ellos, cuanto más inverosímiles sean. En opinión de Bernardo Pérez, las similitudes más ó menos extensas formadas sin el auxilio del lenguaje, en una palabra, la generalización se presenta también en el niño. Sentimos no poder transcribir los datos experimentales en que se apoya; que el niño juzga es indudable. Ese albor de la personalidad consciente respecto de las impresiones ó recuerdos que se relacionan con una causa cualquiera se presenta bien claro. Sus juicios son siempre concretos, y la variedad infinita de éstos se explica por las varias predisposiciones individuales de la inteligencia. La ma-

yor parte de las operaciones intelectuales son inconscientes; pero la facilidad con que el niño modifica sus actos mecánicos indica la entrada triunfal de la conciencia en el dominio de lo inconsciente.

El niño da pruebas diariamente de una lógica en el razonamiento, que á veces asombra. ¡Lástima grande que una educación nociva atrofie acaso para siempre en sus principios una razón tan sólida como ingeniosa! El lenguaje es la facultad de expresión del hombre. En los animales la herencia perpetúa, como precioso legado, un canto propio, lo cual no les impide aprender otro canto particular. Es curiosa la gradación entre el instinto innato de la expresión y la asociación de las ideas. Comprende la sonrisa, las caricias, la cólera y la amenaza. A los tres meses sonrío, á los seis atiende á quien le llama por su nombre, y á los diez conoce el valor de la palabra y trata de aprenderla.

Taine cree que este trabajo es más espontáneo que imitativo. Sea lo que fuere, es lo cierto que en el lenguaje infantil se reflejan, según la mayor ó menor rapidez de los adelantos y en las infinitas variedades de la pronunciación, la influencia del temperamento, de la sensibilidad de la fuerza intelectual, así como la de la educación y del medio ambiente. Empieza siempre por las vocales ó articulaciones simples ó monosilábicas, reteniendo los sonidos que designan los objetos más conocidos, aparte de las frases que la rutina les impone con su insoportable martilleo. Con respecto al sentido moral, la noción objetiva del bien y el mal no se comprueba más que á los seis ó siete meses. En esa edad se nota ya una gran resistencia á obedecer, acompañada casi siempre de accesos de cólera, lágrimas, gritos, sollozos, en tono casi amenazador: iníciase cuando el niño comprende la significación de las modulaciones de la voz y de los gestos que acompañan á las palabras; observándose que, por regla general, muchos obedecen más á la madre que al padre, á causa de la influencia de la dulzura. Tienen ideas algo exactas de lo justo y de lo injusto, de lo permitido y lo vedado, de lo que es preciso hacer y lo que no conviene poner en práctica. ¡Cuántas veces exclaman los niños!

— « ¡Eso no se hace, mi mamá dice que es muy feo! » El bien es, pues, lo permitido, y la moral aprendida por el pequeñuelo, puede variar según cuales sean las personas que le rodean.

La noción de la justicia se manifiesta energicamente en el niño, sobre todo en cuanto puede expresar sus sentimientos.

Hay malos instintos que no deben olvidarse: entre ellos el de la crueldad, el de la destructibilidad y el del combate. El de la *propiedad* también es visible, como el de apropiación que degenera en robo y ha sido aprovechado por muchos miserables que explotan la infancia.

Hemos recorrido muy ligerísimamente, como la índole de nuestro trabajo nos lo permite, esas diferentes fases del desarrollo del espíritu en los niños, examinando sus hermosos resplandores; pues todo lo que nace y es débil y sencillo inspira gratas emociones, sintiendo hacia ello irresistible simpatía. Todas las cir-

cunstancias que rodean al niño son de interés, principalmente las costumbres que se les hace adquirir, de un modo insensible, son muy difíciles de modificar más tarde. Esta especie de automatismo se comprueba lo mismo en el niño que está lactando, como en el que ya corre y monosilabiza cuantas frases oye.

Los padres ó las personas acostumbradas á tratar los niños, nos dirán si no es cierto lo indicado. Para convencernos plenamente de ello, nos citarían cualquiera de esas noches de insomnio en que el niño se agita, grita y se desespera, desesperando también á cuantos le rodean.

Por una circunstancia cualquiera, el ama tiene que abandonar su cría durante algunas horas; la mayoría de mis lectores sabrá que una ausencia de este género va precedida de muchísimos preparativos; ya veremos por qué. Acaba de irse; el niño que dormía como un angel en su cuna saciando su apetito y bien cubierto, se despierta repentinamente sobresaltando al buen vigilante, y sumiéndole en un mar de dudas y apuros á medida que va en *crescendo* el llanto gutural y poco armonioso de su vigilado. Si es poco ducho en estos asuntos, le asalta la sospecha de que se ha puesto enfermo, y tiembla ante esta idea; reconoce en caso contrario las envolturas... nada; imprime sacudidas á la cuna... peor; por último, se decide á coger en brazos al insoportable muñeco, y agotando todos los cánticos más soporíferos y midiendo miles de veces la habitación como fiera enjaulada, logra al fin dormirle nuevamente.

Temeroso de volver á encontrarse en otro apuro semejante, espera inmóvil, y maldiciendo en voz baja su mala suerte, la llegada de los que tan molesto encargo le hicieron. Sin embargo, cuando preguntan si hubo novedad, por más vivos que sean los colores que prodigue el infeliz niño, relatando la escena, el ama responderá imperturbable que eso no importa; y tiene razón, pues el reposado sueño del niño le indica que el acto no ha tenido importancia. Acaso sonriendo recordará alguna de las prescripciones que encargó se emplearan en caso de apuro, y la razón de todo ello está en las costumbres que ha adquirido el pequeño. En lugar de la cuna, acostumbra á estar durante la noche en la cama cerca del regazo de la nodriza; de aquí que mecánicamente notará la falta que en balde trataba de olvidar el individuo citado. ¡Cuánto trabajo cuesta algunas veces acostar á los niños! ¡Qué escenas se ofrecen á la consideración del curioso observador! En esta casa, el niño patalea como un epiléptico y alborota como un energúmeno en cuanto le meten en la cama; allá es imposible acostarle en su cuna; acullá se necesita que cierta persona cante una determinada canción para que se duerma, y después, con unos cuidados especialísimos y con más precauciones que las que se necesitan para poner en un pedestal un monolito, se van lentamente deshaciendo los amorosos vínculos hasta dejar sobre mullido colchon la *voluntariosa* criatura, según dice la buena de la niñera. ¡Cómo se conoce que la muy ignorante muchacha no sabe los más rudimentarios principios de fisiología, ya

que desconoce, como muchos sabios, algunos hechos de psicología infantil! ¡*Voluntarioso!* Quizá dirá lo mismo del autócrata de dos años que pide con insistencia caramelos al amigo de la familia que ha tenido la imprudencia de pasar varias veces por la Mahonesa antes de entrar en la casa en cuestión. Acaso regañe á la pobre niña que por un exceso de pulcritud se limpia la cara después de recibir un beso y por las leyes fatales de la Naturaleza sonrío á los rostros bonitos y huye de las gentes bruscas. ¿Ignora, pues, los actos reflejos, desconoce los mismos resplandores del sentimiento? Convergamos en que es una pobre necia. Lo peor no es esto, sino que con el firmísimo deseo de inculcar en el ánimo de los pequeñuelos esos altos principios de moral casera, insustancial é indigesta como la papilla, se esfuerza en hacerles tragar, quieras que no, miles de monstruosidades que perturban la marcha regular de la naciente inteligencia, atenúan mucho, hasta el punto de oscurecer casi por completo lo que he llamado, no sé si con acierto, resplandores del espíritu.

Ya verémos, una vez terminada la excursión por el hogar y otras excursiones no menos curiosas, de qué modo se cultivan las nacientes aspiraciones, de qué manera brutal é importuna se ahogan los inconscientes gritos de ese sér infeliz que ha tenido la desgracia de nacer niño. ¡Oh! Si en cambio fuera un perrito coquetón y trasquilado, ¿cómo había de molestar, no digo á la madre, que no debe estar nunca molesta con su hijo, sino á la más sensible doncella, el constante ladrado y la agitación continua con que indica el insoportable faldero que se acerca la hora de comer? De ninguna manera: animalitos de este género conozco yo que no se cambiarían por séres racionales caso de que fuera verdad un precioso cuento de Laboulaye¹. En cambio muchos niños... pero doblemos la hoja. No sé por qué, al querer cambiar de conversación, mejor dicho, al volver á nuestro tema, me he acordado de los chinos. ¿Será quizá porque, como ya dijimos, en el Celeste Imperio los solterones y las solteronas compran los niños y se comen los perros? Lo ignoro. En cambio puedo asegurar que en los países civilizados la mayoría de los perros honrados tienen asegurada su autonomía y su subsistencia, mientras miles de niños son caritativamente abandonados y se mueren (con arreglo á reglamento se entiende y con toda legalidad posible) de hambre, de frío y de tristeza... Ocupémonos por ahora de los que tienen nombre; entremos sin reparo ni repulgos en lo que se ha llamado hogar. No debe importarnos que nos cierre el paso una servidumbre, á prueba de importunos, que no puede permitirnos la entrada en el cuarto de los niños porque su excelentísima señora no ha vuelto aún de la ópera; tampoco nos ha de arredrar la presencia de un regimiento de comadres en el estrecho gabinete de una buena é ignorantísima mamá, de piso tercero con entresuelo, y por último, aunque sea extemporánea la hora y desagradable la visita, no dejaremos al pobre niño del albañil sin ese beso de

paz que infunde grandes raudales de bondad á nuestro corazón y hace llorar de alegría y gratitud á una madre.

En todas partes habrá lágrimas que enjugar, vicios que corregir, consejos amistosos que inculcar. Allá, en el principal quizá, llegue á escucharnos un momento la reina de hermosura mientras deshace su tocado y se prepara á cerrar el paso al sol naciente; es posible callen y escuchen (lo cual no es poco conseguir) las mujeres áulicas citadas; probablemente, los señores del segundo interrumpirán sus constantes disputas para oír dos palabras no más que les dirémos; y por fin, la pobre mujer, cuyo hijo acariciamos, no se olvidará nunca de lo que puede entender. ¿A qué deberémos esto? Solamente á que les hablamos del que, á pesar de todo, es muy querido, ya que no perfectamente educado. ¿Cómo no amar á un hijo? ¡Ah! Cuando brota la luz en el ofuscado cerebro de algun padre, es al percibir atónito y entusiasmado los primeros resplandores de la inteligencia y del sentimiento en su hijo. ¡Feliz mil veces si contribuyo á la formación de ese inquieto espíritu voluble y maleable, propio del niño! No crea que está en el caso de hacer como Pigmaleon, de un soberbio trozo de mármol, una estatua perfecta. Se equivocan los que piensan es factible á golpe de cincel crear un carácter. No. Muchas veces la resistencia es mayor que el esfuerzo del obrero; puede quedar una arista aguda allí donde se deseaba un contorno suave y redondeado.

Si valiera mi pobre opinión, diría que el papel de los padres encargados en primer término de estudiar el niño consiste en formar un conjunto armonioso con los materiales dispersos que encuentran en su derredor. No es posible formular una pauta determinada, precisa, inalterable de la educación. Como obra artística, no puede estar sujeta á reglas únicas é inflexibles, pero sí debe ajustarse á bases generales, dicho se está que, científicas en este caso. Podríamos imaginar que los hijos son otros tantos planes de obras, esbosos ligeros unas veces, bocetos otras, que toca dar desarrollo oportuno y publicación conveniente á los que se encargan de la difícil tarea de proporcionar hombres útiles á su país. Esto nos explica por qué muchos libros ven la luz pública y no son buenas obras, y por qué de tantos séres como nacen son muy escasos los que valen algo después. Entendámonos, pues, con los autores y editores si podemos. Y ya que este no es un libro perfecto, tratemos de colaborar á una buena obra.

A LA CONCEPCION DE LA VIRGEN

(Ipsa con teret caput
tuum et tu insidi aberis cal-
caneo ejus). (Génesis, capi-
tulo 3.º, Ver. 15.)

En tan solemne día
Que odiaron infernales potestades
Al través de horribles tempestades,
Elévase, dulcísima María,
El blando son de la zampoña mía.
Dios puso al primer hombre
En verjel delicioso
Para ensalzar sus glorias y su nombre;

Donde los regalados ruiseñores
Cantaban sus amores,
Dó siempre era mañana.
Mas ¡ay! Adán pecó y Jehová irritado,
Cercado de seráficos querubes
Mil rayos arrojó á la raza humana,
Y, triste y sin consuelo
Vagó ciega y errante por el suelo;
Zumbó el trueno feroz allá en las nubes
En vaporosas nieblas escondido
Y al orbe estremeció con su estampido.

La tierra en sombras de pavor se hundía,
Negruzca noche, soledad umbría
Al mundo encapotaba;
Y en el monte lejano
Zumbaba airado el huracán insano,
Tétrica luz en el cenit brillaba,
Y á su fulgor siniestro
Solo se ve desolación y muerte,
Reinar la sombra oscura
Dormir la tierra aletargada, inerte.
Niega el cielo su azul, su luz Apolo,
Y la noche sombría
Que ufana nace donde murió el día,
Con su tétrico manto al mundo viste
Que espanto infunde á la enlutada tierra,
Lóbrega oscuridad, silencio triste,
El horizonte encierra,
En sombras tan oscuras,
Dudan las plantas bellas,
Cuál de los dos mira,
Si el rubicundo Sol, ó las estrellas.

Los lindos pajarillos que solían
Saludar con suave melodía
La llegada feliz de un claro día,
Cuyos contornos llora
Con lágrimas de aljófares la aurora,
Piensan será una noche indefinida,
Que ni al viento sus blandas plumas fian,
Y tristes y encogidos
Aún se hallan peligrosos en los nidos.
El suave ruiseñor, la golondrina,
La oriental filomena,
Están tristes y mudas
De plumas gayas, de placer desnudas,
Y en la región del aire sólo suena
Ronco graznido de nocturnas aves,
Fatal presagio de desdichas graves.

La mar desenfrenada
Horrible son conmueve,
Brotando espuma brama de enojada,
Hasta al cielo sus olas levantando
En sus hondos abismos se remueve,
Se agita ronca, furibunda y loca,
Y cada vez su cólera aumentando
Sus encrespadas ondas
Se estrellan mugidoras con la roca.

Cuando la oscuridad era tan negra
Que de pavor el corazón se helaba,
Y cuando la tormenta
Con ímpetu espantoso descargaba,
Tú apareciste cual rosada aurora,
Que esmalta el prado y el verjel colora,
Con tu luz disipaste su espesura

¹ El príncipe-perro. (Véase un artículo titulado *Niños y perros*, inserto en *El Globo*, Junio 1882.)

Y convertiste en día,
Dulcísima María,
Las negras sombras de la noche oscura.

Trocaste en concertada melodía
El pavoroso trueno,
Y el agitado mar en mar sereno;
La juguetona brisa va soplando,
Las vaporosas nubes van cesando,
Y el río arrebatado y proceloso
Se vuelve á su bonanza y su reposo;
Y la tersa corriente
Del límpido arroyuelo, transparente,
Con gracia serpentea,
Baña las bellas flores,
Y haciendo rizos, cristalinos lazos,
A la dorada margen presta abrazos;
Ya deja de zumbiar el ronco viento
Y la natura entera
Se llena de esperanza y de contento.

Y de Sion santa las cerradas puertas
Por tí á la humanidad fueron abiertas,
Y el hondo averno horrísono y bravío
Al ver tu *Concepcion indisputable*,
Retumbó con estruendo formidable
Tembló en su poderío,
Y de furor henchido
Lanzó triste gemido,
Y el trono de Satán rodó á tu planta,
Y á la sierpe tu pié seguro huella
Y la angustia, la oprime y la quebranta.

Más suave eres, María,
Que el céfiro sutil que se desliza
Y bajando del monte al valle umbrío
Besa las ondas del desierto río,
Las plumas de las aves mece y riza,
Y estas juguetonas, vocingleras,
Saludan la hora en que amanece el día,
Y con soplos traviesos
Las da *Favonio* regalados beso s.

El son que á tu beldad mi lira canta
Y aquesta llama santa
De tu ardoroso amor que me consume,
Es el blando perfume
Que con amor intenso
En tus aras derramo por incienso.

A tí llevo cual pobre peregrino
Cansado de pisar este camino
Que corren los mortales,
Permite te dé un beso de ternura
Y ciérrame mis ojos mundanales;
No turbando mi calma lo del suelo
Dormido en tu regazo con dulzura
Haz que sueñe con ángeles del cielo,
Y no despierte en este mundo vano
Hasta tocar el término lejano.

José CASAFONT Y FORNELL.

LOABLE COSTUMBRE



ENTRE las muchas tradiciones que observan los nobles Reyes de España, merece singular mención la tan saludable, como piadosa costumbre, de ceder el

vehículo que los conduce y seguir á pié al Santo Viático cuando le encuentran á su paso en la calle ó el paseo.

Remóntase el origen de tan caritativo acto al siglo XIII, en que el sabio y magnánimo Rey Don Alfonso X, digno sucesor de su padre Fernando el Santo, de gloriosa memoria, dispuso en su ordenamiento de Sevilla, con fecha 12 de Octubre de 1252, lo que para ejemplo de Reyes y vasallos á continuación se expresa:

« Otro sí; ordenamos que si Nos ó la Reyna ó los Infantes ó cualquiera de los nuestros que fueren cristianos, topásemos en la calle con el cuerpo de Dios que todos seamos tenudos de lo acompañar fasta la yglesia donde salió é fincados los finojos á el facer reverencia é estar allí fasta que sea pasado: é que non escusemos de lo fazer por lodo nin polvo nin por otra cosa, quando aun al Rey fazen los omes reverencia é van á pié con el mas razon es de lo fazer al Rey de los Reyes. E cualquier que lo non fiziere ansi que pague sessenta maravedis, las dos partes para los clérigos que fueren con el cuerpo de Dios é la tercera parte para la justicia porque faga la execucion en el que lo non ficiere. »

Vemos, pues, de qué modo reverenciaba y dignamente acataba aquel gran Soberano, Soberano también en sus ideas, al Supremo Hacedor de lo creado.

Vemos, pues, cómo sentía y practicaba la doctrina evangélica aquel insigne literato y Monarca castellano, honrándose al honrar de tal manera al Dios Todopoderoso que las esferas rige, y ofreciendo á sus pueblos ese hermoso cuanto sublime ejemplo de humildad, al iniciar tan cristiana costumbre en un todo conforme con el espíritu eminentemente religioso de este clásico país del Catolicismo y de las patriarcales y santas tradiciones.

Más adelante, y en 1387, el no menos piadoso Monarca D. Juan I dispuso en su ordenamiento de Briviesca, lo que sobre el particular á continuación se expresa:

« Mandamos y ordenamos que cuando acaesciere que Nos ó el príncipe heredero ó Infantes nuestros hijos, ó otros cualesquier cristianos vieremos que viene por la calle el Santo Sacramento del cuerpo de Nuestro Señor, que todos seamos tenudos de lo acompañar fasta la Iglesia donde salió, y fincar los hinojos, para le hacer reverencia, y estar así hasta que sea pasado, y que Nos no podamos excusar de lo así hacer por lodo ni por polvo ni por otra cosa alguna: é qualquier que así no lo hiciere que pague seiscientos maravedis de pena, las dos partes para los clérigos que fueren con Nuestro Señor y la tercera parte para la justicia para que haga presta execucion en quien en la dicha pena incurriere: é los judíos é moros que en la dicha calle estuvieren se partan luego de ella y se escondan ó finquen los hinojos hasta que el Señor sea pasado; é si alguno de ellos hiciere lo contrario, que qualquiera lo pueda tomar sin pena alguna, y lo llevar delante de la justicia donde acaesciere y lo acusar; y si se le probare con dos testigos, aunque sean cristianos, que la nuestra Justicia le juzgue la ropa que el tal judío tu-

viere encima cubierta, ó vestida al tiempo que no guardó lo contenido en esta ley; y sea para el cristiano que le así llevare é acusare: y queremos que esta ley se entienda en los judíos y los moros que hobieren edad de más de catorse años y no en los que fueren de menor edad. »

Y finalmente, viniendo á nuestra época, el antiguo y famoso Consejo de Castilla, con motivo de haber encontrado viniendo de una visita general de cárcel al Santísimo Sacramento que se llevaba por Viático á un enfermo, dispuso por Auto acordado de 23 de Mayo de 1711 que aunque fuese el Consejo junto á cualquiera función, si en el tránsito hallare algún sacerdote que lleve por Viático al Santísimo, dejen los coches el Presidente ó Gobernador y todos los Ministros, y tomando el sacerdote el de dicho Presidente, le acompañen á pie hasta dejarle colocado en la iglesia de donde hubiere salido, y desde ella vuelvan á continuar el acto interrumpido, lo cual concluye se ejecute invariablemente.

Tal ha sido, según se ve, la conducta seguida por los altos Cuerpos de la Nación é igualmente adoptada por toda la grandeza española, imitando en un todo las prácticas Reales; porque si es verdad que los Reyes deben servir en todas sus acciones de admirable modelo y saludable ejemplo á los pueblos cuya dirección les confió la Providencia, á nadie mejor que á ellos les corresponde conservar con especial esmero y rigurosa escrupulosidad todas aquellas gloriosas tradiciones, encaminadas á honrar y á venerar lo verdadero, lo justo y lo eternamente invariable representado en el Dios omnipotente autor de lo creado.

Y si es verdad, igualmente, que los Jefes del Estado son la más alta personificación de la ley, y que esta es el fiel reflejo de las costumbres, nada más lógico que siendo morales y cristianas las de esta Nación, lo sean también las del que la gobierna y representa; por eso nuestro joven Monarca, inspirado en el más profundo amor al Catolicismo, continúa la tan antigua como laudable costumbre de ceder su carruaje y seguir á pie al sacerdote que lleva el Santo Viático al enfermo.

EUGENIO MANORI ERANS.

LOS DOS TALENTOS

Del hombre para apreciar
el talento, es menester,
antes que nada, saber
si es oportuno al *hablar*;

Lo contrario hace pensar
en orden á la mujer,
pues su principal saber
consiste en saber *callar*.

EUGENIO MANORI.

TPOGRAFÍA GUTENBERG
á cargo de Manuel Salamanqués
Villalar, 5.